

mucha loa habló un Hermano de la ternura con que Juan le estrechó entre sus brazos el día que hizo los votos ¹.

El buen nombre de sus Hermanos, arraigado en su ánimo con hondas raíces, le rebosaba en los labios con expresiones altas y respetuosas. Sus dictámenes eran: *Muéstrate blando con los demás, contigo solo juez. Pon los ojos en tus defectos, no en los ajenos, y júzgate por inferior á todos. Acostúmbrate á excusar al prójimo con entrañas de caridad. Me abstendré de juzgar y de entrometerme en cosas de otros: si se ofreciere alguna que no pueda yo excusar, sentiré viva compasión, me miraré á mí propio, y por la enmienda de la falta rezaré una Ave Maria ó cosa semejante.*

Por estos principios regulaba su conducta. *Era cosa de ver, dice Bernardino Vittorio, cómo se amohinaba cuando oía hablar mal de otro, y con qué gracia mudaba de conversación* ². No solamente no se le entendía de pelotear, zaherir, picar con saetillas agudas que van á dar en la reputación ajena; pero donaires, murmuraciones, ceños, cantaletas le consumían de pena: delitos eran imperdonables para una madurez de costumbres como la suya. Ya que no estuviera en su mano deshacer un suceso menos edificante, le despojaba de la parte más odiosa, no como los que faltos de amor se quedan sesgos oyendo desdorar el buen nombre del prójimo. Cuando se reprendía alguna falta públicamente, si después en la quiete se hacía alusión al reprendido, él, endulzando el trago, se ponía luego de su parte diciéndole: *¿Qué le haremos? es hombre de muy buena*

¹ Proc. rom., pág. 445.

² Proc. rom., pág. 403.

voluntad, me consta á mí,—y refería seguidamente algunas cosas del reprendido que fuesen de edificación ¹.

Por el contrario era muy mirado en dar á entender de otros cosas que pudieran despertar celos ó envidias. No cabían en él artificios, y menos zalamerías. La lisonja parecía vanísima cosa; los cumplimientos, para aborrecerlos el sobrecrito que llevan le bastaba; y decía que gastar ceremonias con uno por exámenes ó actos públicos era obligarse á guardarlos con todos, sopena de parecer parcial, y con todo lo que para éste sería adulación y para aquél pura etiqueta, para esotro fuera burla formal; y tanto la una como la otra iban contra la caridad. Consistían sus cumplidos en un saludo afectuoso pero modesto. Hemos visto más arriba cuán libre conservó el corazón de las aficioncillas particulares que carcomen el amor fraterno. Universal era el suyo en medio de ser muy de corazón; y clara prueba fué de ello el haber aficionado á sí de manera los corazones, que cada uno presumiese ser el más querido suyo ².

Pero si la afabilidad y cortesanía de sus modales tenían obligadas las voluntades, no era fruto de respetuosa consideración solamente, mas también de una vida por entero sacrificada al gusto de cada uno. Cuando se vió precisado á guardar la cama hasta más tarde, ayudó la Misa á un Padre que tomaba mucho tiempo para satisfacer su devoción; igual servicio prestó después á otro que al ser largo juntaba no tener hora fija. Viéndole el Hermano sacristán tan puntual, como condoliéndose de la molestia se lo dijo, y él le respondió

¹ Proc. rom., pág. 468.

² Proc. rom., pág. 552.

con blandura: *No le dé pena por eso: porque le hago saber que siempre he sido devoto de ayudar misas.*

Bien le hemos visto hasta el presente poco inclinado á diversiones; más rozaban con su genio conversaciones edificantes. Sin embargo, con su gran caridad convertía los entretenimientos en materia de edificación. En los días de asueto, que se pasaban en Frascati, eran permitidos juegos de honesto placer. El de la argolla ó del aro era el suyo de preferencia. A pesar de haber logrado concepto de maestro, no rehusaba á cualquiera que quisiese jugar con él, por más que le pudiese dar cinco de corto; antes con un chambón se entendía mejor su finísima caridad, á causa del mayor número de mortificaciones que le proporcionaba ¹. Abierto el juego no hablaba de otra cosa, como si no tuviese en otra parte el pensamiento, aunque sí tenía, porque cada vez que le tocaba meter la bola por el aro se santiguaba primero, y unía la acción á los méritos de Cristo crucificado. Si le salía bien el golpe, aunque se permitía alguna señales de contento, nunca palabras de triunfo que humillasen al vencido: igual serenidad se le advertía si por acaso marraba. En ciertos momentos en que el mismo interés del juego suele poner en puntos unos con otros á los jugadores, sabía ceder mostrando cara halagüeña, y dejábase rendir por atajar amarguras. En fin, si perdía el juego, era el primero en arrodillarse y pagar la apuesta, que consistía en rezar una Ave María. De manera que cosas de suyo muy indiferentes, por estar hechas con el espíritu y requisitos debidos, daban sumo gusto á Dios, recreaban

¹ Proc. rom., páginas 548-534.

á los ángeles, y éranle á él ocasión de acaudalar merecimientos.

Conocida es ya su inclinación á los Hermanos coadjutores. Tras ellos se le iban los ojos, á ellos se juntaba en la quiete, con ellos salía á pasear, y ellos con la franqueza y sencillez propias de su condición tenían sus glorias en llevarle de compañero, y no menos él en poder hablar con ellos de cosas de Dios, y visitar santuarios devotos.

III

EL teatro donde más extendía las alas su caridad era la enfermería. *Ya feneció el consuelo de los afligidos*, repetían las alcobas de los enfermos el día de su dichoso tránsito. ¿Y quién pidiera mayor solicitud al corazón de una madre? Tres veces al día visitó á un Hermano viejo y achacoso; llevábale á sus horas cordiales, servíale refrescos, lavábale los oídos, y desp. és de acompañar estos oficios con regaladísimas palabras, no había de faltar un ejemplo de la Virgen ¹. *Hoy tarda el Hermano en venir á contarnos el ejemplo*, decían los enfermos; y luego al punto pasaban aviso al P. Ministro para que se le mandase. ¡Tan de mal se les hacía carecer de su presencia!

He tenido ocasión de conocer al santo joven; no solamente no se le pasaba día sin visitar á los enfermos, pero venía al tiempo mismo en que los demás se iban á echar la siesta. Es la hora

¹ Proc. rom., pág. 375

más incómoda para los enfermos; y mucho más si al fastidio de la soledad se junta el rigor de la estación. Andaba él de cama en cama sirviendo á todos fresco. Una vez le dije que era muy saludable refrescar las manos y sienes á los enfermos, y que lo podía bien hacer, pues con eso, además del alivio de la frescura, se sentían menos amodorrados. No había peligro que se diese por satisfecho con este permiso general; todos los días había de venir á renovar mi licencia. Así depuso el hermano enfermero Juan Ballerati. Y parece excusado añadir, que siempre pedía permiso particular para ir á la enfermería, aquílatando el oro de la caridad con la bendición de la obediencia ¹.

No bastaba á su espíritu el esmero en aliviar los cuerpos, consolaba también las almas ayudándolas con santos pensamientos, contando hechos edificantes, leyendo en un libro espiritual, y con esta diligencia traía á los enfermos tan contentos, que preferían las visitas del Hermano Juan á las del facultativo. Aquí era donde, aprovechándose del candor de los sencillos, les comunicaba lisa-mente á la buena de Dios, como dice Octavio Falconi, sin escrúpulo y sin vanidad, sus íntimos sentimientos, las luces de la oración, y el fruto que de ella sacaba.

No se nos vaya de vuelo una cosa digna de consideración, y cae muy bien aquí, una gracia señaladísima con que parecía el cielo acreditar su cuidado y puntualidad á la regla. Refiérela el Hermano Valerio por estas palabras: *Estando yo en cama vino á verme el Hermano Juan, y como me preguntase por mis achaques, que eran de no*

¹ Proc. rom., pág. 298.

poder pegar los ojos en toda la noche, le dije: A propósito, hermano Juan; ¿cómo hace, mi carísimo, para dormir y no tener insomnio? Él me respondió: No lo sé, Hermano; pero lo que me sucede es que cuando tengo de levantarme con la comunidad, despierto á la hora en punto; cuando debo estar una hora más, despierto puntualmente al dar el reloj, nunca antes ni después. De esto colegí, añade Valerio, que el angel le servía de despertador.

Pero Juan se criaba para apóstol. No podían los estudios estorbar sus apostólicos intentos, á toda suerte de personas había de alcanzar el fuego de su caridad. A los criados de casa explicábales el catecismo con grande afecto, dábales avisos espirituales, hacía les comulgar cada mes y presidía con su presencia la comunión general. Su celo no se cebaba de ilusiones; hacía de presente cuanto alcanzaban sus fuerzas sin fiarse del porvenir. Yo, decía, *procuro siempre ajustarme á la condición de las personas, por ser virtud ésta propia de la Compañía, que se emplea de continuo en ganar almas* ¹. Cuánta verdad encerrasen sus palabras lo experimentaron, como dicho va, Padres, estudiantes, hermanos, criados, y todos cuantos moraban en el Colegio Romano. Pero no se limitaron al recinto del colegio las influencias de su caridad.

Los domingos salía á expediciones de catecismo á las plazas públicas, y platicaba á niños vagabundos y gentes pobres. *Nosotros, decía encendido de celo, amarrados al banco de las escuelas somos como perros atados á estaca y metidos en casa; razón es que los días de fiesta nos suelten*

¹ Proc. rom., pág. 403.

y nos dejen siquiera ladrar por plazas y calles contra los pecadores. Iba una tarde, así lo depuso el P. Pedro Chellinio, á una calle junto á nuestra Señora de los Montes. Andaban por allí triscando y metidos en quimeras unos soldados y otra turba ociosa con alma y sentidos engolfados en el juego. Echa Juan mano á una mesita pensando convertirla en púlpito. Lo notan los jugadores, y sin más le mandan á decir, que pensar él habían ellos de dejar la diversión era pensar en lo excusado; con que si no quería predicar en desierto, se fuese con el púlpito á otra parte. Su respuesta á este recado fué entrarse en la iglesia de Nuestra Señora, y fiar á la oración el suceso de su causa. Así como salían, el compañero le dijo: *Paréceme á mí más acertado dejarlo por hoy, y volvernos al Colegio, que no está la gente para sermones, y como tienen por flor menospreciar la palabra de Dios, si la emprenden con nosotros pudiéramos pasarlo mal. No en mis días, replicó al punto Berchmans, me dice á mí el corazón, que la Virgen hará de las tuyas. V. va á ver cómo estos hombres en comenzando el sermón, se dejan de juegos y pendencies y hacen corro con nosotros.* Así fué la verdad; porque subir Juan al taburete, y dicha el Ave María reinar un desusado silencio, é ir la gente despidiéndose de dados y cubiletes para agolparse, como corderos, alrededor de la mesa, y escucharle quedos y mudos sin cansarse, fué todo una misma cosa. Acabada la plática, en señal de satisfacción le acompañaron con gran reverencia al Colegio ¹.

Con estas llamaradas desfogaba el volcán de su pecho y extendía los rayos de su influencia

¹ Proc. rom., pág. 548.

á toda suerte de personas; maravilla que vence á toda ponderación en un joven de veintidós años. De los cien religiosos que dieron después por escrito testimonio de su virtud, no hay uno tan siquiera que no se le confiese deudor de algún aprovechamiento espiritual. Un Roberto Belarmino, un Virgilio Cepari, un Muzio Vitelleschi, un Juan de Lugo, un Felipe Alegambe, un Horacio Grassi, un Francisco Piccolomini, un Alejandro Gottifredi, un Juan Pablo Oliva, un Juan Tirino, un Cornelio Alápide, un Juan Ceccotti, un Tomás Massucci, y otros varones clarísimos en saber, virtud y obras apostólicas, celebérrimos en todo el orbe cristiano, eternizaron con la claridad de sus testimonios los ejemplos que debían á la santidad de Juan Berchmans, en quien contemplaban el dechado y como la idea común del escolar de la Compañía.

¡Flor temprana que esparció suavísimo olor de Cristo, y anunciaba muy ricos frutos, si la hoz del jardinero celeste no se hubiera apresurado á cortarla en su verdor! Porque como Berchmans tenía las fuerzas no muy robustas, acabóselas de gastar el continuado tesón de su incansable espíritu, y la naturaleza, dándose por vencida al fin, tuvo que ceder, como se dirá en el libro siguiente.

